

se inclina uno á creer que con la organización de la familia y de la ciudad romanas, había entonces menos individuos que ahora expuestos á morir de hambre.

Todo el régimen municipal se resumía en dos palabras que se encuentran siempre en la lengua de los jurisperitos: el honor de la ciudad, que era la segunda religión de los romanos, si no la primera, y la dignidad del ciudadano que expresaba todas las cualidades con que un hombre se granjeaba la estimación y el respeto públicos. Bajo la presión de estos dos sentimientos, se formaron en las ciudades en aquella época dichosa hombres que creyeron que el objeto de la vida moral era la dignidad del carácter y de la conducta, y el objeto de la vida social, el cumplimiento de los deberes cívicos; virtudes preciosas, aunque de fácil acceso, adonde todo el mundo podía llegar y adonde muchos llegaron en efecto: prueba de ello Plinio el Joven y el gran número de hombres honrados que figuran en su correspondencia.

Se ha dicho que los germanos trajeron al mundo el sentimiento del honor. A ese orgullo fiero que hace sacar tan pronto la espada y fué á menudo la única virtud de brillantes caballeros, preferimos de buen grado las viejas ideas romanas que formaban ciudadanos cuya grande ambición era honrar ó embellecer su ciudad, y hombres que á fuerza de respetarse á sí mismos, se han hecho respetar de la historia.

Puesto que hemos venido á buscar las ideas bajo las palabras, notemos también que *antigüedad*, sobre su sentido recto, tenía el de cosa preferida ó estimable: *Nihil mihi antiquius est*, decía Cicerón; nada me es tan caro (1). De esta mezcla de amor y respeto á las antiguas leyes, á los antiguos usos, se desprendía un sentimiento piadoso que era una poderosa fuerza de conservación y que no existe ya en el suelo movedizo de las sociedades modernas. «Los sabios me enseñan, dice Plinio el Joven, que nada es más bello que seguir las huellas de los mayores, sobre todo, tiene cuidado de añadir, sobre todo, cuando tomaron el buen camino.»

Cuando hayamos demostrado que la corrupción no había invadido estas ciudades tanto como se cree, acaso se juzgue que las ciudades provinciales se hallaron entonces en una situación análoga á la de Roma en los buenos tiempos de la república, con costumbres laboriosas y mucha libertad municipal, lo que las indemnizaba de la libertad política de que, por otra parte, no se curaban las poblaciones. Sin duda en estas ciudades, al lado de cosas excelentes había cosas positivamente malas: una religión que nunca había tenido influencia moral, y la fe degenerando en superstición casi siempre insana, ó pagándose de observancias exteriores; por placeres ó regocijos públicos, fiestas muy á menudo obscenas ó sangrientas; en algunos costumbres desenfundadas y el vicio inverecundo y cínico; en muchos el servilismo, porque en una sociedad que se dividía en clientes y patronos, ó en frase de Marcial, en esclavos y en reyes, se encontraba mucha gente para mendigar la *esportula* y no poca para darla.

¡Cuántos y cuán odiosos detalles en Juvenal, Petronio, Marcial y Luciano sobre el cliente, el parásito y el cazador de testamentos; sobre la bajeza de los famélicos y la insolencia de los advenedizos, arrastrándose estos últimos á su vez ante los que habían subido más que ellos; en fin, sobre la universal adoración de la «Santísima Majestad del Oro», *sanctissima divitiarum Majestas!*

(1) Aurelio Víctor repite estas palabras. Salustio decía también... *tantum antiquitatis curaque*, que se ha de traducir por «tanto respeto y solicitud» (Fronton, *Epist. ad M. Ant.* 3).

Pero todo esto se ve bajo otras formas y con otros nombres en todos los tiempos y en todos los países y aun en los pueblos más libres, humildes vasallos del *rey Dollar*, porque estos vicios ó extravagancias pertenecen á la naturaleza humana, y en este concepto las generaciones sucesivas no difieren sino en la cantidad que de ellas tienen.

Por otra parte juzgamos que las libertades urbanas por sí solas no habrían podido salvar el Estado. Es ciertamente una fuerte base para sostener el edificio social el municipio bien ordenado, y la sabiduría de las leyes civiles es para los pueblos una promesa de prosperidad; pero si las leyes políticas son malas, éstas acabarán por arruinar las otras.

Así cuando el municipio de los primeros siglos, que era una persona civil, y respecto de sus negocios interiores un Estado soberano, regulando su vida como mejor entendía; que contratava y se obligaba; que poseía y enajenaba; que tenía sus magistraturas, sus rentas, sus escuelas y su culto, con la más completa independencia religiosa y filosófica; cuando esta libre ciudad, que sólo había renunciado al derecho de la espada bajo la doble forma de la guerra y la alta justicia, haya venido á ser, por el predominio de la Iglesia y del Estado en los espíritus y en las instituciones, una rueda automática de la inmensa máquina que hará el vacío en el imperio; en fin, cuando todo esté inmovilizado en la herencia y bajo el formalismo administrativo, deteniéndose el movimiento de abajo arriba, no subirá ya la savia de las raíces á las ramas del árbol y el árbol seco caerá (2).

Hay que decir también que el cristianismo, presentando siempre la patria celestial como la única verdadera, hará que se desdeñe la de aquí abajo; que cambiando las creencias, cambiará también los deberes; que sustituyendo el legítimo orgullo del ciudadano con la humildad del fiel, alejará á éste de los honores municipales; que precipitará, en fin, la decadencia de la ciudad con la repugnancia de que llenará las almas hacia instituciones nacidas al rededor de unos altares que venía á derribar (3).

Pero antes de llegar aquí, el régimen municipal había producido el siglo de los Antoninos. En otro tiempo, entre Italia y Roma se había establecido una corriente de sangre joven y rica que iba incesantemente á renovar la depauperada sangre de la clase directora. El mismo cambio se había operado en el alto imperio, entre Roma y las provin-

(2) Ya, poco después de los Antoninos, decía el jurisperito Papiniano: *Exigendi tributū munus inter sordida munera non habetur et ideo decurionibus quoque mandatur* (Dig. L, 1, 17, § 7), es decir que no había entonces incompatibilidad entre las funciones municipales de decurión y las de colector ó recaudador del tributo para el Estado. Pero estaba prohibido al decurión arrendar los impuestos de su ciudad: *decurio suae civitatis vectigalia exercere prohibetur* (Dig. L, 2, 6, § 2).

(3) Cuando Tertuliano se convirtió al cristianismo declaró solemnemente que renunciaba á los negocios públicos. En la *Idololatría*, exige de sus discípulos que rompan con la sociedad civil; condena todo oficio que de cerca ó de lejos toque á la idolatría, el arte que vive de ella, la literatura que de ella habla. Prohibe absolutamente á los cristianos los que llama *officia publica*, permitiendo solamente los *officia privata*, es decir la asistencia á las fiestas por el natalicio ó casamiento en una familia amiga; y en su *Corona militis*, les prohíbe el servicio militar. Sin embargo, un rescripto de Severo *eis qui judaicam superstitionem sequuntur* (Dig. L, 2, 3, § 3) autorizaba á los judíos y probablemente á los cristianos á llegar á los honores dispensándoles las obligaciones contrarias á sus creencias. Pero los cristianos, si de ellos se trata en este texto, menos tolerantes que el príncipe, se mantuvieron generalmente apartados. El autor de la *Epistola á Diogneto* había dicho ya (cap. V): «Los cristianos habitan su patria como extranjeros.» Cuando la Iglesia se hizo dueña del imperio, quiso ligar á los fieles á los deberes cívicos; pero era ya demasiado tarde. Véase en *Comptes rendus de l'Acad. des inscr.* 1872, una memoria de M. LeBlant sobre el apartamiento de la patria.

cias. De aquellas florecientes y libres ciudades habían salido artistas y poetas, que dieron origen á una nueva edad de la literatura y del arte; filósofos que, suavizando la aspereza del estoicismo, habían sustituido el cuidado del buen decir con el de obrar bien; en fin aquellas mil *gentes* que Vespasiano les había pedido para reconstituir la aristocracia romana.

Entonces el senado y el orden ecuestre, de donde el imperio sacaba sus administradores, se llenó de hombres pertenecientes á familias de muy larga fecha en posesión de los honores municipales, muy capaces de manejar bien, después de los negocios de la ciudad, los del Estado; y á los cuales los Antoninos, provinciales también, encontraban á su lado para secundar su sabia política. Esta invasión de la nobleza municipal en la alta sociedad romana hizo en ella una revolución doblemente saludable: los negocios públicos fueron mejor, y las costumbres privadas recobra-

ron su severidad. Tácito y Plinio dan de ello testimonio.

Si el mundo no ha conocido época más afortunada, se debe ciertamente á hombres superiores que en aquel siglo reinaron como sabios; pero también se debe á aquel régimen municipal en que todo estaba dispuesto por las instituciones, las ideas y las costumbres, para formar magistrados hábiles, ciudades dichosas y poblaciones sujetas á la ley. Una estrecha solidaridad ligaba entonces la fortuna de las ciudades á la del imperio; la prosperidad de las unas hacía la fuerza del otro, porque las libertades locales subsistentes formaban los hombres, que la libertad pública suprimida no formaba ya.



Moneda de plata de la familia Lucilia (1)

CAPÍTULO LXXXIV

LAS PROVINCIAS

I. — PROSPERIDAD DE LAS PROVINCIAS. — PROGRESOS HECHOS EN EL OCCIDENTE Y EN LA ORILLA DERECHA DEL DANUBIO.

Las tempestades que al parecer revuelven el Océano hasta el fondo de su abismo, no agitan más que la superficie: á muy pocos metros por debajo de las turbulentas olas, las aguas están tranquilas y las arenas inmóviles: las tempestades de Roma, las guerras en el Rin, en el Danubio ó el Eufrates no alteraban la serenidad de las provincias interiores. Mientras andaban á degüello en la capital, en la Dacia ó allende el Tigris, las naciones pacificadas desarrollaban la industria y el comercio, abrían caminos y escuelas, ensanchaban sus ciudades y las embellecían con monumentos. Los vencidos, dice Elio Arístides, se felicitaban de su derrota, y perdiendo hasta el recuerdo de su antigua independencia, confundían su vida con la del imperio. Se tenía la seguridad y el bienestar de la existencia; se gozaban libremente los frutos del trabajo, y no estaba cerrado para nadie el camino de los honores.

Plutarco, que tantas veces había visto ensangrentada por las revoluciones la ciudad de los Césares, no deja de llamar á Roma «diosa benéfica y sagrada,» y en otro lugar «áncora inmóvil que detiene y fija las cosas humanas en medio del turbión que las arrastra.»

Y decía muy bien: Roma había pacificado el mundo y atraído sobre sí las tempestades que todavía estallaban sobre su cabeza. Arístides era pagano, un devoto de Esculapio, y Tertuliano un rígido cristiano; pero los dos hablan lo mismo. «Los hombres, exclama el retórico, han dejado las armaduras de hierro por los vestidos de fiesta, y vuestras provincias se han cubierto de ricas ciudades, joyas de vuestro imperio, que brillan como el collar precioso rodeado á la garganta de una mujer opulenta. La tierra no es sino un jardín inmenso (2).» La sombría imaginación del cristiano, se aclara y suaviza al risueño espectáculo del imperio. «El mundo, dice, es cada día mejor conocido, mejor

cultivado y más rico. Los caminos se abren al comercio; los desiertos se transforman en fértiles dominios; se labra donde se intrincaba el bosque; se siembra donde no se veían antes más que áridas rocas; se han desecado los pantanos y no temen ya á las fieras los mansos rebaños. Ahora ya no hay islas que infundan horror, ni montes espantables; por donde quiera que se vaya, casas, ciudades, pueblos, vida (3).»

La retórica no ahueca la voz de Apiano, como la de Arístides; pero el testimonio del frío y sagaz historiador es el mismo. «Hace doscientos años, dice, que subsiste el régimen imperial: en este espacio de tiempo, se ha embellecido la ciudad de una manera prodigiosa, se han aumentado las rentas del imperio, y á beneficio de una paz constante, han llegado los pueblos al colmo de la felicidad.»

Es fácil, en efecto, imaginar lo que debió producir la cesación de la guerra por espacio de dos siglos para pueblos que no habían tenido hasta entonces más que una vida de combates, y la prosperidad que desarrollaron la paz en las provincias y la libertad en las ciudades. He aquí lo que ocultan las tragedias de Roma y lo que es preciso mostrar.

No es que los romanos hubieran querido de propósito deliberado constituirse en bienhechores de los provinciales; entre ellos, no se añadía, como entre algunos de los modernos, á la idea de conquista la del mejoramiento de la suerte de los vencidos: habían sometido el mundo por espíritu de orgullo y de avaricia, para no tener iguales y para poseer la riqueza, sin tomarse el cuidado ni el trabajo de crearla. Así, la provincia era á sus ojos un predio, una granja de renta determinada, y organizándola, no se habían preocupado más que de asegurar la recaudación del tributo. Lo demás, libertad municipal y seguridad de las personas, independencia de estos ó servidumbre de aquellos, les importaba poco.

Esta había sido la política del senado republicano, y los primeros emperadores la siguieron. Los unos y los otros hallaban sólo ventajas en que los súbditos manejaran por sí mismos sus negocios, con tal de que pagaran exacta-

(1) Cabeza de Palas en una corona de laurel y las letras PVblico argento.

(2) Arístides, *Panegrico de Roma*, en el año 145 (Orat. XIV, p. 224). Véase también el *Paneg. de Cícero*.

(3) Tertuliano, *de Anima*, 30. En el libro *Adv. gentes*, dice... *Romana diuturnitati favemus*.

mente el impuesto y no se turbara el orden general que garantizaba el ingreso. De aquí, á lo menos en los primeros tiempos, su desdenosa indiferencia con las franquicias locales, con la semi independencia de las ciudades, de las tribus, de dinastas ó de reyes, que solían llamarse á sí mismos los procuradores del pueblo romano y ejercían sus funciones. En una palabra, querían gobernar desde arriba y de lejos, lo que era ejercer el dominio útil, y no administrar demasiado cerca para no tener el embarazo de una tutela laboriosa. Bien mostró Tiberio con su vigilancia en contener á sus procónsules esta política sin entrañas, pero no sin previsión, que resumía en estas palabras: «Un buen pastor esquila sus ovejas, pero no las desuella.» Bajo este concepto Claudio y los Flavios fueron de su escuela. Los Antoninos imprimieron al gobierno un nuevo carácter, considerándose no solamente los dueños, sino también los padres del imperio; y con esto, suavizaron las leyes, fundaron instituciones benéficas y se preocuparon más de la felicidad de sus súbditos que de los intereses del fisco. Así, por motivos diferentes, los príncipes en el alto imperio, ejercieron en las provincias una acción benéfica, y combinándose esta acción con los felices efectos del régimen municipal, que hemos descrito, trajo la prosperidad cuya prueba nos va á suministrar un rápido viaje á través del imperio.

Desde el tiempo de Augusto, se había aumentado el dominio de Roma: en el reinado de Claudio, con la Bretaña; en el de Trajano, con la Dacia; en el de Marco Aurelio, con parte de la Mesopotamia, posesión incierta y precaria y teatro de continuos combates. Exceptuando la Bretaña y las adquisiciones de los dos Antoninos, que eran más bien que provincias, puestos avanzados, los sucesores de Augusto no habían pasado los límites que la naturaleza y él mismo habían fijado al imperio: el Atlántico, el Rin, el Danubio, el Eufrates hacia la mitad de su curso, las cataratas del Nilo y los desiertos del Africa.

La antigua división hecha entre el emperador y el senado subsistía aún; sino que se habían formado nuevas provincias, bien por las conquistas, bien á expensas de las antiguas y de los países aliados. Bajo el poder de Augusto hubo veintiséis; en el reinado de Marco Aurelio se cuentan cuarenta y cinco, de las cuales le quedaron seis al senado.

Con esto el número de provincias era casi doble, sin que el territorio hubiera crecido mucho. Y es que los emperadores habían practicado ya el sistema, que sólo se atribuye ordinariamente á Diocleciano, de desmembrar los gobiernos para disminuir el poder de los gobernadores y hacer más fácil la acción del imperio sobre los súbditos.

Bretaña, Galia y España.—La Bretaña no formaba aún más que una sola provincia, tan bien protegida por la doble línea de defensa de Adriano y de Antonino, que los pictos y los escotos rara vez habían turbado la obra de civilización que allí se realizaba. La toga había reemplazado en todas partes el bárbaro sayo; templos, pórticos y pintorescas villas se alzaban en los sitios donde sólo se veían antes chozas de paja y altares drúidicos; y aquellos bretones que en tiempo de Augusto no sabían aún en su gran mayoría cultivar la tierra ni siquiera utilizar la leche de sus ganados, exportaban ahora trigo para la Galia. Las escuelas se multiplicaban con las ciudades, y la lengua céltica retrocedía con las antiguas costumbres ante el nuevo idioma. Los nobles bretones hablaban el latín, y los descendientes de Casivellaun y de Caractac iban al tribunal del procónsul á practicar todas las reglas de Quintiliano y competir en verbosa elocuencia con los abogados de Bur-

deos y de Autun. «Ya, dice Juvenal, habla Thule de asalariar un retórico;» y Marcial podía jactarse de que sus poesías compuestas para los elegantes de Roma, se leyeron hasta en la isla, último límite del mundo habitado (1).

Algunos patriotas habían llevado su libertad y su enojo á las montañas de los pictos, de donde bajarán para rechazar á su vez esta civilización servil. Pero la masa de la nación, menos la valerosa tribu de los brigantes, entraba de buen grado en la vida nueva y dejaba que se llevaran la flor de la juventud á servir en las más apartadas legiones romanas. Así, soldados bretones estaban de guarnición en Panonia, mientras los germanos iban á Bretaña, como los bátavos servían en la Iliria y los españoles á orillas del Rin.

La Galia había entrado más pronto y más adentro en la civilización romana. Recibía también más de cerca su irradiación, sobre todo aquella zona de nuestro territorio que baña el mar italiano y calienta el mismo sol. El gobierno imperial, cuya más importante provincia era, por su posición geográfica, la Galia, había procurado granjearse el corazón de sus habitantes. En la Narbonense se contaban siete colonias, veintinueve ciudades latinas y dos pueblos aliados; en las provincias cabelludas, diez pueblos libres, ocho colonias, cuatro ciudades federadas, buen número de ciudades latinas y una multitud de hombres que habían recibido individualmente el *ius civitatis*. Lyon había grabado en bronce para que permaneciera siempre á los ojos de la Galia, el discurso en que Claudio mostraba la política liberal que había hecho la fortuna de Roma y la felicidad de las provincias. Galba y Otón, por motivos interesados, Trajano y Adriano por conocimiento de las necesidades del imperio, obraron lo mismo, y la Galia, feliz con la suerte que la guerra le había deparado, no pensaba en cambiarla.

Ya hemos visto qué papel desempeñó en las revoluciones del imperio. De su seno salió el grito de protesta y rebeldía contra Nerón; allí fueron proclamados Galba y Vitelio, y allí también Civilis y Sabino agitaron á los asombrados ojos de las naciones transalpinas el estandarte del imperio galo. ¡Tentativa prematura! La Galia misma había abandonado su bandera y á su César provincial. Tenía otra cosa mejor que hacer que fundar casas reales, como quiera que sus más nobles hijos ambicionaban la laticlavia senatorial.

En cuanto al pueblo, arrastrado por el movimiento general á los trabajos de la paz, invertía en busca del bienestar la actividad que antes gastaba en las guerras intestinas. «De batalladores, decía ya Estrabón, se han hecho labradores.» Los bosques drúidicos caían bajo el hacha del roturador ó eran abiertos por caminos que llevaban la luz y la vida hasta las más sombrías profundidades. En todas partes se honraba el comercio, y ya Lyon ponía á sus negociantes en vinos al nivel de sus caballeros y seviro augustales. Su poderoso gremio de bateleros del Saona y del Ródano, tenía en todas partes agentes para la navegación en todos los ríos gálicos, y en el anfiteatro de Nimes cuarenta asientos reservados.

En otro tiempo las más florecientes ciudades estaban situadas en los puntos por donde la Galia tocaba á la Italia, y este rincón de nuestro territorio tiene aún más ruinas romanas que ninguna de las antiguas provincias del imperio. En Narbona, no ha quedado en pie un solo monumen-

(1) *Gallia caesidicos docuit facunda Britannos,
De conducendo loquitur jam rhetore Thule.*
(Juven. Sat. XV, 111-112)

Cf. Marcial, *Epigr.* XI, 111.

to romano; pero no se puede derribar allí un muro, ó escarbar en el suelo sin encontrar fragmentos de frisos, de bajo relieves y de sepulcros que atestiguan su antigua grandeza. Por la severa belleza de sus hijas, era Arles una ciudad griega; por el esplendor de sus monumentos una ciudad romana. La cultura, la riqueza, antiguamente concentradas en aquella *Italia transalpina*, habían penetrado de la frontera tierra adentro, y esta traslación de la actividad social indicaba la prosperidad común del país.

Tolosa hacía olvidar á Narbona. Nimes (1) embellecida por los Antoninos ó por sí misma con monumentos que imponen todavía admiración, eclipsaba la antigua ciudad focense, que perdiendo sus severas costumbres, dejaba que se estableciera el proverbio que se repetía á todos los afeiminados: «Hacerse á la vela para Marsella.» Entonces como hoy, el comercio acumulaba el oro en esta ciudad y lo gastaba en placeres que pasan, mientras Nimes invertía el suyo en obras de arte que permanecen.

Gracias á sus aguas termales Aix era el punto de reunión de los ricos masaliotas y uno de los sitios de recreo de la provincia. Lyon, la antigua metrópoli, veía crecer dos rivales en la ciudad de los remos y en la de los treviro, desde donde los gobernadores de la Bélgica y de la baja Germania vigilaban á los bárbaros, como desde Lyon habían vigilado la Galia cuando la Galia amenazaba aun. Viena, el lugar de destierro de los reyes destronados y de los gobernadores culpables; Autun con sus escuelas; Arras con sus manufacturas de paños rojos que competían con la púrpura de Oriente; Langres y Saintes con su industria de *caracallas* (2), que enviaban á toda Italia; Burdeos, el puerto principal para España y la isla de los bretones; Juliobona (Lillebonne, cerca de la embocadura del Sena) donde se han encontrado tantas ruinas romanas, etc., revelaban la vida derramándose por todas partes, así en el centro, como en la circunferencia, así en el Rin como en el Atlántico y la Mancha, como en el litoral del Mediterráneo.

Aunque el senado no hubiera establecido en las provincias cabelludas más que un pequeño número de colonias, la vida romana había cambiado la lengua, la religión, las costumbres y extendido el lujo con la riqueza. Suntuosas villas se alzaban en sitios antes salvajes, adornadas de mármoles raros, de mosaicos, cuyos vestigios encontramos, y de objetos preciosos por su naturaleza y labor como los vasos de Bernay que un feliz descubrimiento ha puesto en nuestras manos (3).

Los dioses galos eran ahora los dioses romanos y los pueblos les erigían templos magníficos, como la basílica cuyos imponentes restos acaban de encontrarse en la cima de *Puy-de-Dome*. En cuanto al culto drúidico, había tomado la última forma, por la cual pasan antes de extinguirse todas las religiones: era pagano, *paganus*, es decir no se le veía sino en los campos apartados, donde se ocultaban los últimos sacerdotes de Teutates. Lo mismo sucederá con la religión oficial, después de Constantino, cuando expulsado á su vez Júpiter de los fastuosos artesonados, no conserve

(1) Desde el tiempo de Estrabón (IV, 190) Nimes estaba más poblada que Narbona.

(2) Especie de capote ó capisayo de paño de cuerpo y de pelo largo. En el siglo tercero, las ciudades gálicas recobraron en su mayoría el nombre de su pueblo. Así *Andematunum* volvió á ser *Lingones*, *Augustoritum*, *Lemovices*, etc.

(3) *El tesoro de Bernay*, encontrado por un labrador, en 1830, bajo la reja de su arado, se compone de sesenta y nueve objetos de plata, que provenían de un templo de Mercurio, y al parecer hubieron de enterrarse á fines del siglo tercero. Sus inscripciones descienden á aquella época y se remontan á la de Augusto. M. Chabouillet dió en su *Catálogo* la descripción de todos estos objetos.

ya más que el rústico altar levantado por los campesinos en el fondo de los bosques. En honor de Roma se hizo sin violencia esta conversión. La hábil política de Augusto y de Tiberio había sido eficaz: aquellos dioses galos asociados en los mismos templos al culto de Roma y de los Césares, habían venido á ser celosos auxiliares del imperio.

Esta atracción de una civilización superior se ejercía igualmente sobre el idioma céltico, que no se defendía mejor que la religión de los druidas. En efecto, el idioma también se retirará de las ciudades, donde los negocios de ad-



Vaso de plata encontrado en Bernay (Gabinete de Francia)

ministración, de justicia y de comercio se trataban en latín, y los descendientes de los bardos galos, lectores asiduos de Cátulo, de Ovidio y de Marcial, procuraban imitar á los poetas y oradores del pueblo rey. Ya había inscrito Roma, entre sus ilustres nombres literarios, los del gramático y poeta Valerio Catón, «la sirena latina;» de Antonio Gnífon, que había enseñado en la casa de César y contado á Cicerón entre sus oyentes; de Varro Atacino, poeta didáctico; de Cornelio Galo, el amigo de Virgilio; de Trogo Pompeyo, el primer autor latino de una historia universal; de Domicio Afer, el maestro de Quintiliano y el orador más elocuente que éste hubiera oído; sino que deshonró su genio con su bajeza: Petronio también mancilló la musa latina con su *Satyricon*, cuadro inmoral de una sociedad cuyos vicios sólo muestra. Pero Marco Aper tuvo el honor de pasar por autor del diálogo que lleva el nombre de Tácito. Más tarde aun brilló el sofista Favorino, que se admiraba de tres cosas: la primera, de hablar el griego, siendo